

Primera parte

Entrada

Marvin salió de su casa apenado, intensamente abatido. Bajó al garaje en el ascensor, de espaldas a la puerta, con una mano en la cara sujetándose la cabeza de sien a sien, y la otra apoyada en el espejo con la palma abierta.

Se metió en el coche como un autómata, pensando en su esposa. Tenía un gran todo terreno de marchas. Apretó el botón del mando a distancia del portón. Sólo veía su cara llena de lágrimas, mirándolo con una profunda tristeza.

Arrancó y encendió las luces del coche. Al momento se puso en marcha el reproductor de CDs y empezó a sonar “Desperado”¹. Miró al aparato acongojado, paralizado. Escuchó las tristes notas iniciales del piano, extravió la mirada sin saber cómo, esperando a que empezara la letra que tan bien se sabía. Perdió un par de lágrimas y, tras un momento, suspiró, cerró los ojos un instante, metió la marcha y aceleró.

Cuando salió a la calle aún no había acabado de amanecer y aunque estaba lloviendo a cántaros, la luz era verdaderamente hermosa. Como su mujer, incluso con esa vulnerable mueca que provoca el llanto y que desnuda los sentimientos, incluso con el espíritu despedazado, incluso desprovista de entorno, recortada de su contexto y descalza de afecto.

Escuchaba la letra de la canción con sumisión, como quien recibe una reprimenda, con el orgullo cabizbajo.

¹ Al final del libro se encuentran todas las canciones citadas con sus copyrights.

Conducía por inercia absoluta, cada vez más rápido pues tenía una reunión muy importante, que probablemente le valiera un aumento. Pero no olvidaba que precisamente esa maldita reunión había sido la culpable de todo.

Deseaba volver, abrazarla, fundirse con ella y arrodillar su arrogancia ante esa extraordinaria persona que se había quedado encogéndose, menguando. Disculpase con férrea convicción, besarle hasta el alma y hundirse en lo más profundo de la herida para cauterizarla con todo el amor que fuera capaz de darle.

Aceleró bastante para dar la vuelta a la primera ocasión.

En ese momento empezó a sonar “Child's Anthem” y, nuevamente, Marvin quedó perplejo por la casualidad. No dejaba de pensar en su mujer y en la discusión y parecía que el reproductor aleatorio, ejerciendo de implacable juez, elegía los temas a propósito, ajustados a sus sentimientos y sensaciones, de forma inculpatoria.

Sin soltar el acelerador, palpó la chaqueta que había dejado en el asiento de atrás, no encontraba el bolsillo interior donde estaba el teléfono móvil. Se giró un instante y tras un gran esfuerzo lo encontró y llamó a su casa. Al momento escuchó una voz electrónica diciéndole “El número de teléfono marcado no existe”. Se quedó estupefacto, pues no había marcado a mano, sino usando la memoria. Aún así volvió a llamar y esta vez se cercioró de que el número fuera el correcto. “El número de teléfono marcado no existe”. Miró atónito el aparato, la cobertura era total, y lo soltó sobre el asiento del copiloto.

Fue entonces cuando notó que no reconocía el camino. Extrañado empezó a mirar a su alrededor, pero no encontraba nada familiar. Aunque la carretera era como siempre, una pequeña autovía de dos carriles por sentido y con una mediana de arbusto, el paisaje era distinto, no tenía la misma vegetación, las montañas a la derecha nunca las había visto, el propio seto de la mediana era distinto. ¡Todo era diferente!

Sin recordar cuando se había desviado, aceleró un poco más y esperó impaciente, durante decenas de kilómetros, a encontrar un cambio de sentido.

Pero no llegaba.

Se torturaba por haberse perdido justo cuando más ansiaba regresar con su mujer y mandar a su jefe al infierno. Y maldecía a la compañía telefónica.

Desesperado intentó localizar algún punto de referencia para buscar en el mapa de carreteras, un edificio, un puente, un anuncio, pero no había nada. Nada ni nadie. Seguía acelerando, y cada vez estaba más nervioso, más exasperado. Llegó incluso a pensar en atravesar la mediana para cambiar de sentido, pero el seto era demasiado tupido.

Cuando empezaba a darlo todo por perdido, unos sesenta kilómetros después de saberse extraviado, recibió un espectacular golpe de esperanza al ver un cartel que decía: “Salida al Brazo Nordeste a 5 Km. Cambio de sentido”.

Al llegar tomó la salida y unos metros más adelante en subida, se topó con una gran rotonda, sobre la carretera, marcada con unas curiosas indicaciones.



Asombrado, al no reconocer nada de lo que anunciaba el cartel, recorrió la rotonda entera para salir por donde había entrado, con la intención de encontrar el punto donde se hubiese desviado de su ruta habitual.

Una vez en el sentido contrario puso el coche a toda velocidad, para hacer los sesenta y tantos kilómetros que había recorrido desde que llegó ahí lo antes posible.

Volvió a coger el teléfono y marcó a mano fijándose muy bien antes de llamar. “El número de teléfono marcado no existe”.

- ¡Joder! - gritó desesperado lanzando con fuerza el aparato, que fue a parar al hueco delante del asiento del copiloto.

Entonces, por el rabillo del ojo, vio un hito kilométrico y pisó el freno hasta el fondo. Tuvo que agarrarse al volante con las dos manos, entró el ABS, le tembló todo el cuerpo y, entre el agua del firme y que giró algo el volante sin querer, el coche se viró y acabó casi perpendicular a la mediana, calado. Instintivamente miró carretera atrás con miedo, pero fue un acto definitivamente inútil, pues seguía sin haber absolutamente nadie.

Cuando arrancó de nuevo y estuvo enderezado, metió la marcha atrás y volvió al hito. Se echó al arcén y bajó. Sólo ponía “CCS - Km. 92”. Volvió al coche, empapado, sacó el mapa de carreteras, lo extendió sobre el capó y buscó la carretera CCS, pero por más que se esforzó no lo consiguió.

- ¡¿Qué coño pasa?! - aulló al cielo impotente, con ira, estirando los brazos hacia el suelo con los puños cerrados.

Intentó recoger el mapa, pero estaba tan mojado que le fue imposible.

Se inclinó sobre el capó con las dos manos y miró, sin observar, las marcas del frenazo. Dos minutos después se volvió a meter en el coche y siguió con la, cada vez menor, esperanza de reencontrar su camino.

Volvió a recordar las últimas palabras que había lanzado a su esposa, como saetas envenenadas, antes de dejarla sola, desvalijada, para irse a una reunión con un par de despreciables personajes que se jactaban de engañar a las suyas. Estaba tremendamente arrepentido y el complejo de culpabilidad empezaba a ser lacerante, demasiado desgarrador para estar ahí perdido, en algún sitio desconocido, inexplicablemente inédito, misterioso y velado.

- No puede ser, esto no me puede estar pasando a mí - se dijo en voz alta mientras nuevas lágrimas, infectas de penitencia, recorrían sus mejillas pálidas de escarmiento, rabia y desconcierto.

Siguió conduciendo abandonado, narcotizado de incertidumbre, durante más de media hora, con la mirada clavada en el horizonte, retrocediendo el camino andado hasta la rotonda.

Cuando empezaba a acercarse a los sesenta kilómetros desde el cambio de sentido, salió un poco de su ensueño, intentó agudizar los sentidos y redujo bastante la velocidad, pues no quería, por nada del mundo, volver a saltarse el desvío, si es que existía.

Poco después vio un cartel lejano y el corazón empezó a latirle con fuerza.

En un simbólico acto reflejo puso el intermitente a la derecha sin dejar de mirar el letrero, que se acercaba rápidamente. Distinguió entonces dos partes, una a cada lado, indicando que no había desvío, sino que la carretera se bifurcaba. Quitó el intermitente.

Iba, cada vez más despacio, por la mitad de la carretera, mirando fijamente a los carteles. Y por fin consiguió leerlos: el de la izquierda ponía “Gran Lazo Este” y el de la derecha “Cuerpo Central Inferior”.

El mundo se le vino encima. Desmoralizado soltó el volante, dejando caer los brazos a peso de plomo. Levantó el pie del acelerador, completamente consternado, hasta que el vehículo se caló, a unos treinta metros del cartel, en el centro del asfalto, algo girado hacia la derecha.

Estuvo inmóvil muchos minutos, esperando despertar de esa pesadilla perversa, con la cabeza ligeramente agachada y la vista en el infinito.